

Prólogo

EL MUCHACHO GITANO

*Junto a una laguna en un bosque de Cornualles
Septiembre de 1807*

Taliesin Wolfe había probado el sabor de la sangre con anterioridad. Al menos dos veces al año su tío le rompía el labio de un bofetón, y eso sumaba treinta y cuatro labios partidos hasta la fecha.

También había probado antes el barro. Era algo inevitable cuando uno pasaba la mayor parte del tiempo entre caballos.

Nunca antes había probado los dos sabores a la vez. Sangre caliente. Barro tibio. La ira cerniéndose peligrosamente entre ambas cosas. Y una ofuscación que ciertamente no había experimentado hasta la fecha. El hijo del hacendado Shackelford no le había arreado con la mano.

—¿Qué pasa, gitano? ¿Un solo golpe y ya estás en el suelo? —se mofó Shackelford desde detrás.

Se oyeron las risas burlonas de los otros chicos.

—Después de cinco intentos —corrigió Taliesin mascullando con los labios pringosos.

Siempre había supuesto que el imbécil de Shackelford sabría contar. Se pasó la lengua por los dientes y comprobó que no había ninguno roto. Pequeños milagros.

—Y solo me has alcanzado cuando esos tres sinvergüenzas me han sujetado los brazos —añadió.

Pisadas fuertes.

—Serás insolente...

—Tommy, déjalo ya, ¿por qué no paras? —dijo el desconocido que se había quedado atrás mientras los demás agarraban a Taliesin—. Parece que ha recibido suficiente, y no sé si vuestro padre lo va a aprobar. —Soltó una risita incómoda—. ¿No crees, Freddie?

—Me gustaría verte dándole una buena paliza, Tom —farfulló el joven Freddie Shackelford—, pero Rob tiene razón. A nuestro padre no va a hacerle gracia que te lées a golpes con un gitano. Dice que cada vez que tienes una pelea le afanan otra docena de postes de la valla.

—Nuestro padre debería haberlos expulsado de sus tierras hace años.

—Ladrones apestosos —refunfuñó uno de los chicos que le habían sujetado para que Shackelford pudiera acertar con el puño en su mandíbula.

—Este es el favorito del párroco —apuntó Freddie.

—¿El que cuida del césped en el cementerio?

—Hace algunos trabajillos en la vicaría. Mi madre dice que allí se vuelve un corderito, y que no puede criticar al párroco porque lo hace por caridad.

El mundo pareció dejar de dar vueltas y Taliesin aprovechó para plantar las palmas de las manos en el barro. Levantó del suelo la cara y luego los hombros.

—Sea quien sea —sentenció Thomas Shackelford—, esta vez ha robado algo más que un poste de la valla. ¿A que sí, mercachifle?

—De mercachifle, nada.

Taliesin se atragantó con la sangre al hablar. Su visión estaba salpicada de manchas. Pestañeó con fuerza pero solo consiguió ver borroso. Pese a la mala puntería, cuando Shackelford acertaba un golpe lo hacía con una fuerza poderosa.

—Tratante de caballos, so imbécil —añadió.

De nuevo pisadas. Rápidas.

Bota.

Costillas.

Dolor. *Dolor.*

Shackelford retrocedió. Taliesin rodó sobre un costado buscando aire desesperadamente. La luz del sol que se filtraba entre los árboles formó una explosión de estrellas.

—Venga ya, Tom —dijo Chico Desconocido con voz contenida—. No sabes si ha hecho algo indecoroso con esa chica. ¿Por qué no le preguntas primero?

Shackelford se rió.

—Aparte de ladrones también son mentirosos, Rob. No le sacaré la verdad ni a tortazos.

—Pregúntale. Y si miente —soltó otra risita afectada—, entonces podrás machacarle en serio, tal y como le gusta a Freddie.

Cobarde. Chico Desconocido sabía que Shackelford debía parar, pero los ingleses nunca movían un dedo para ayudar a un romaní. A excepción del reverendo.

Tomando aire y atormentado por el dolor que atravesaba sus entrañas, Taliesin se incorporó una vez más. En esta ocasión consiguió aguantarse en pie.

—De acuerdo. —Shackelford profirió un sonido propio de un cerdo—. Le preguntaré, Rob, y así verás que no distinguen las verdades de las mentiras aunque se lo delectees.

Se las delectees. Verdades. Mentiras. Plural. No singular. ¿No enseñaban gramática en esos colegios elegantes? Que aquel Thomas Sha-

ckelford con cerebro de papilla fuera el heredero del principal terrateniente de St. Petroc era algo que nunca lograría entender. Por mucha suerte que tuviera él alguna vez, sabía que nunca poseería nada más que un caballo y la ropa cargada en la grupa. El reverendo Caulfield siempre repetía que un hombre debía contentarse con el destino otorgado por Dios. Apóstol San Pablo, Colosenses, capítulo tres: *Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales..., sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia.*

Era obvio que Pablo nunca había sido tratante de caballos.

Aguantando a duras penas el dolor en el costado e ignorándolo igual que había aprendido de niño a no hacer caso de las burlas de los ingleses, enderezó los hombros. Su visión estaba empañada de negro. Le costaba respirar. *Costillas rotas.* Años atrás le había pateado un caballo, y conocía este dolor.

—¿Qué dices, muchacho gitano?

Pestañeó y logró enfocar mejor el ceño de Shackelford, aquellas gotas de sudor en su labio superior, delicadas como el rocío, y el intenso rubor en las mejillas. Tras él, los ojos de Chico Desconocido parecían azulejos de brillante plumaje volando en libertad.

—Mi camisa —consiguió pronunciar con poca claridad.

Fue lo único que logró decir, su labio empezaba a hincharse.

Shackelford arrugó su pálida frente. Minutos antes, cuando Taliesin eludió sus endeble intentos de golpearle e intentó recuperar la camisa enredada en los juncos al borde de la laguna, los amigos de su atacante saltaron sobre él. Ahora no iba a darles la misma oportunidad, no iba a volver su espalda vulnerable de nuevo. No obstante, necesitaba recuperar esa prenda. No podría ponérsela ahora, no creía que fuera capaz de levantar los brazos, pero solo tenía una camisa, y no iba a perderla por el imbécil hijo del imbécil hacendado Shackelford y sus compinches del colegio, qué carajo.

—Dale la camisa —gruñó Shackelford.

Uno de sus esbirros se fue hasta la orilla y se metió en el barro despotricando. Pero cogió la camisa de las cañas y se la tiró.

Él no iba a pedir la casaca ni el fular, ni siquiera sus botas. Se hallaban tras los juncos del otro lado del estanque. Ya vendría después a recogerlos. Eso si después conseguía andar.

Shackelford se burló con desdén:

—¿Y bien, chico?

—No sé lo que quieres —contestó, con más aspereza de la pretendida y sin aire para pronunciar las palabras. El dolor lo dominaba todo.

—Mentiroso —dijo un esbirro, pero ahora en tono más lánguido.

Él casi se sintió comprensivo. El intenso calor apretaba en serio, se pegaba a su piel desnuda como una manga.

—¿Qué estabas haciendo con la hija del reverendo? —quiso saber Shackelford—. Vimos cómo se alejaba de este bosquecillo no hace ni diez minutos.

Diez minutos. Apenas tiempo suficiente para recuperar el control tras la excitación que le había provocado —*que ella siempre le provocaba*— antes de que hicieran aparición estos patanes.

—El párroco tiene tres hijas —repuso, y esta vez las palabras surgieron con más fuerza, tal y como el reverendo le había enseñado a hablar: humilde ante Dios, pero de igual a igual ante cualquier otro hombre.

Thomas entrecerró los ojos:

—¿Eh?

—¿A qué hija habéis visto? —Alzando la barbilla y conteniendo un gesto de dolor, añadió—: Fuera quien fuese, la próxima vez que vaya a la vicaría me aseguraré de decirle que no ande por ahí sola. —Entrecerró los ojos—. Nunca sabes con quién vas a encontrarte.

Se había pasado. Demasiado insolente. Demasiado insensato. Lo supo antes de que las palabras se deslizaran por su labio partido.

Pero se había cansado de que Shackelford y todos los demás chicos de St. Petroc estuvieran autorizados a hablar con ella en público, en la calle, en el camposanto, en las tiendas, en la feria..., mientras que él solo podía aspirar a una sonrisa desde la distancia. Pero ahora ya la había saboreado, y ahora sabía que ella le deseaba.

Finalmente había perdido la paciencia.

—Insolente hijo de puta egipcio —replicó Shackelford boquiabierto—. Le he dado una oportunidad, Rob. Has visto cómo se la daba.

Su rostro de complexión pálida se encendió mientras se quitaba la levita:

—Bien, gitano, la vas a pagar cara.

Taliesin se preparó, pues el dolor y el calor no eran nada ahora comparados con la rabia que le invadía, veloz y violenta.

—Empléate a fondo.

Como un perro, Shackelford gruñó y se lanzó sobre él.

Y, sí, esta vez se empleó a fondo con Taliesin.

1

El hijo pródigo

*Combe Park
Residencia de los duques de Lycombe
Febrero de 1819*

Eres un fantasma.

Eleanor Caulfield oyó a su espalda este comentario hecho en voz baja. Pasándolo por alto, intentó concentrarse en la gloria resonante del órgano de tubos, cuya música llenaba la capilla.

—Ningún ser viviente puede tener las mejillas tan pálidas —insistió su hermana menor por debajo del volumen del himno.

No susurraba. Ravenna no sabía susurrar.

—Y parecen de tiza —añadió.

—No es cierto. —Eleanor sí susurraba, casi había perfeccionado ese arte—. Ahora, calla.

Pero se llevó una mano al rostro y se tocó las mejillas. Sus dedos iban enfundados en cabritilla ribeteada de seda, con diminutos botones elaborados con concha de ostra, unos guantes tomados prestados de su otra hermana, Arabella, la duquesa de Lycombe.

Mejillas frías. Como la muerte.

La muerte de la vida que ella había conocido hasta la fecha.

—La verdad, Ellie, pareces una princesa —dijo Ravenna retirándose el chal para echarlo sobre los hombros de su hermana—: Pero vas a coger un resfriado en este sepulcro glacial.

La capilla ducal no era exactamente un sepulcro, más bien un pequeño espacio encantador de caliza color miel y ventanas transparentes que permitían que el sol invernal calentara con pálidos rayos aislados a los invitados a la boda allí reunidos. No obstante, se ajustó el chal de Ravenna sobre el pecho. La hermana más joven, con una cascada de cabello sobre los hombros, no lo necesitaba, y todo el mundo daba siempre por supuesto que Eleanor sí. Trece años no habían borrado todavía del recuerdo familiar aquella época en que cualquier mínima corriente de aire que se colara por una puerta abierta la dejaba al borde de la muerte. La grave inflamación de pulmones que la enfermó a los catorce años se había prolongado durante tanto tiempo que nadie acababa de creer en una recuperación completa.

Nadie, a excepción de una persona.

Hoy sus mejillas sin vida nada tenían que ver con su mala salud ni con el frío de febrero. Al pie del coro y el presbiterio, su querido padre se reía absolutamente feliz mientras contraía matrimonio con una mujer que le iba como anillo al dedo.

Pulcra y contenida, con un recatado vestido de algodón gris paloma, la novia del reverendo Martin Caulfield alzó un rostro sereno hacia su novio. Inteligente, interesada por la teología, conmovida por sus sermones, y sinceramente pía, la viuda señora Agnes Coyne era la esposa perfecta para el párroco de St. Petroc, enviudado hacía tiempo. Desde el momento en que la mujer se instaló en el pueblo todo el mundo estuvo conforme en que era su pareja ideal.

Eleanor se alegraba inmensamente de que su padre encontrara de nuevo la felicidad en el matrimonio; su primera esposa había fallecido antes incluso de que él descubriera a las tres hermanas huér-

fanas en la inclusa. Pero la voluntad de Agnes de ayudarle con el trabajo, sumada a su experiencia en llevar la casa de un caballero, sugería una certeza incuestionable: Ella era ahora innecesaria.

Su corazón latía a un ritmo tan rápido y con tal fuerza que parecía solapar el himno que surgía de los tubos. La felicidad recién descubierta de su padre no era la causa. Sí lo era que su vida se encontraba a punto de cambiar dramáticamente.

Tras años de silencio en torno al tema, el reverendo se había pronunciado al respecto: su hija mayor debía casarse. ¡Gozo! ¡Felicidad! Él iba a disfrutar de la dicha matrimonial y deseaba la misma bendición para ella.

Su futura esposa había dado muestras de sensibilidad y conformidad, y ella solo podía quererla por aquella actitud. Ninguna mujer hecha y derecha deseaba vivir en la casa de otra dama, había dicho Agnes.

—Mi hijo te aprecia con toda sinceridad —añadió luego con una sonrisa—. ¿Cómo no iba a hacerlo?

En este momento el señor Frederick Coyne se hallaba de pie detrás de su padre, en el lado opuesto de los peldaños del coro, comiéndosela con los ojos sin la menor sutileza. Si hubiera coqueteado más sutilmente tampoco la habría impresionado. Los botones de la casaca, grandes como platillos de té, le provocaron una risita. Pero el chaleco con brillantes motas naranjas y las medias a juego en realidad le revolvió el estómago. Era incomprensible que la sensata Agnes hubiera engendrado este espécimen de exuberancia ostentosa.

Moviendo las cejas, Frederick desplazó los ojos hacia la salida sugiriendo... ¿qué? ¿Que se escabullera con él para un encuentro rápido en medio de la boda de sus padres? ¿O tal vez iba en serio su pretensión de fugarse juntos?

Así lo había comentado aquella mañana al encontrarse a solas con ella durante el desayuno.

—Espero que te sientas desesperada ahora que mamá está a punto de dirigir el cotarro, querida mía. No hay otra opción, tendrás que aceptar un maridito lo antes posible. Pero, ¡vaya idea! ¿Por qué no saltarnos todo este lío aburrido, El, y le enseñamos a nuestros padres a hacerlo bien? La frontera está a tan solo tres o cuatro días de camino, si el tiempo se comporta. ¿Qué dices a eso?

Examinando su corpiño, Freddy había movido las cejas una vez más.

Si aquel presumido volvía a mirarle el pecho aquí, en la iglesia, no podría contenerse y soltaría una sonora carcajada.

Y eso podría ser todo un problema. Tenía las manos pegajosas y frías de los nervios, pero quería reírse.

Quería cantar. No como cantaba los domingos en la iglesia, sino bien alto, como la alondra que la despertaba entregada a su canto en la ventana del dormitorio cada mañana.

Quería bailar. No con decoro, como en las bodas de sus hermanas, con tanta dama y señor presentes, sino salvaje y libre, tal como bailaban los gitanos acampados cada invierno en St. Petroc en la feria del primero de mayo.

Quería quitarse el sombrero y sentir el júbilo peligroso del viento en el pelo y el ardiente sol en el rostro mientras galopaba a caballo por el borde de los acantilados. Absorber el aire frío y salado por la nariz y llenar sus pulmones famélicos.

Con franqueza, lo que quería era una aventura.

Siempre había querido una aventura. Desde la primera vez que leyó de niña los libros de la biblioteca de su padre, acurrucada en el asiento de la ventana, con los inviernos de Cornualles rugiendo y vapuleando los vidrios de las ventanas, se había convertido en la heroína de los cuentos de caballeros, dragones y demonios. Soñando, siempre soñando, en la seguridad acogedora de la vicaría, dejando atrás para siempre el otro mundo de asilos y ampollas en los dedos, crueldades y hambre.

Ahora podía conseguirlo. Por fin, nada la retenía. Ni la vicaría ni las necesidades de la parroquia. Ni su padre. Agnes se ocuparía de todo eso.

Nada se interponía en su camino.

Acostumbrada como estaba a una compostura tranquila y aplicada, esta abrupta libertad de entregarse a lo desconocido la aterrizzaba en la misma medida que la excitaba.

Frederick se ajustó las amplias solapas y le dedicó otra de sus sonrisas excesivas.

Debería sentirse halagada. Las pobres solteronas hijas de párrosos no estaban acostumbradas a las miradas insinuantes de caballeros a la moda ni a que les propusieran en matrimonio, aunque fuera con cierta brusquedad. Frederick no hacía daño a la vista, con su espesa pelambreira sobre la frente y párpados caídos. Incluso le había visto leyendo unas pocas veces. Podría aguantar los excesos de moda en un esposo que leyera buenos libros.

Era una tentación...

La mirada del pretendiente se deslizó corpiño abajo.

No era suficiente tentación.

Pero, claro, nunca la había tentado ningún hombre. Ningún hombre, solo un muchacho. Joven e ingenua en aquel momento, habría dejado toda la comodidad y seguridad de la vicaría por él. Habría ido a cualquier lugar por él.

Pero eso sucedió hace siglos y no soportaba recordarlo; él solo le había ayudado a conocer la inconstancia del corazón masculino.

Sin embargo, su padre no era así. Su padre nunca le pediría que se marchara de la vicaría. Ni tampoco Agnes. Si se quedaba en St. Petroc, se adaptaría a la vida de bondad infinita de la pareja, y su patética superfluidad la asfixiaría hasta la muerte. Había vivido con recato durante años, pero nunca había sido una gallina. En el momento de su vida en el que había estado a punto de serlo, un

salvaje muchacho gitano le había enseñado una alternativa mucho mejor. *Una aventura.*

Luego él le había roto el corazón.

Las leyendas medievales que tanto le gustaban estaban plagadas de escollos y desastres. Por supuesto, cabía esperarlos. Sería capaz de tener una aventura ahora, solo que diferente en un detalle crucial: una aventura en la que no estuviera involucrado un hombre sería lo ideal.

Inspirando poco a poco para dominar la excitación en ciernes que serpenteaba por ella, Eleanor apartó la mirada de la feliz pareja para desplazarla al frío día de invierno al otro lado de la ventana de la capilla.

Y dejó de respirar por completo.

Un jinete se aproximaba por la calzada que ascendía desde la casa a la capilla. El gran animal negro, de cuello y piernas poderosos, avanzaba con gran estruendo, marcando la tierra con el impacto de los cascos. El jinete controlaba la montura con facilidad, con el sobretodo ondeando sobre la grupa del caballo. Eleanor no alcanzaba a ver todo su rostro; el ala del sombrero lo enmascaraba, pero le conoció por el asimiento seguro de las riendas con las manos enguantadas y por la manera en que cabalgaba, como si pudiera domar el mundo desde ese caballo, y desde luego que podía.

Le reconoció porque cada día de abril a septiembre durante siete años de su joven vida, le había observado montar. Lo había memorizado.

Aquel chico.

El coautor de la única aventura verdadera de su vida.

Taliesin Wolfe.

Hacía mucho que se había habituado a que su corazón no prestara atención a nada relacionado con él, ni a las poco frecuentes cartas que mandaba a su padre ni a las explicaciones de sus hermanas cuando le veían en Londres en alguna ocasión. Ahora ese corazón la traicionaba y adoptaba un galope más veloz que el de su caballo.

El jinete desmontó al lado de la capilla. Un mozo apareció y tomó las riendas, pero el animal volvió la cabeza a un lado y otro enseñando los dientes, y el mozo tropezó hacia atrás. Taliesin apoyó la mano en el grueso cuello de ébano y el animal giró la cabeza hacia él. Siempre tenía esa rara magia con los caballos, una sabiduría natural y pericia potente, como el brujo de la leyenda arturiana de quien llevaba el nombre: Taliesin el Merlín. Parecía conservar esa magia. Bajando la cabeza, el poderoso animal se fue dócilmente con el mozo.

Solo en la calzada, Taliesin se quedó quieto durante un momento mientras se quitaba los guantes, con su sombrero negro y el oscuro sobretodo que le convertía en una sombra desvergonzada en contraste con el día gris claro. Parecía totalmente fuera de lugar y no obstante cómodo. *Como siempre.*

En cualquier momento miraría por la ventana y la descubriría a ella boquiabierta. Debía apartar la mirada. Y como de crío, él percibiría su atención y entonces...

Pero no miró. Con el mismo grácil paso largo que caracterizaba sus movimientos de joven, se adelantó, y ella le perdió de vista. Apenas tuvo tiempo de percatarse del escandaloso volumen de sus latidos cuando la puerta de la capilla se abrió y él hizo entrada.

En el edificio.

Apenas a unos metros.

Después de once años.

El fresco aire del día parecía seguir con él en el color intenso de sus mejillas y en el desorden del cabello negro satén.

Y aquella brasa en su interior estalló en llamas.

Once años de recato. Once años de cuidadosa cautela. Once años de lamentar la única aventura que había tenido. Ahora él se hallaba de pie ante ella de nuevo, moreno, delgado y asombrosamente viril. Y como la princesa durmiente de un cuento que vuelve a cobrar vida por arte de magia, cada fragmento de su virginal cuerpo despertó.

—¡Tali! —exclamó Ravenna por debajo del crescendo del órgano.

—Te dije que vendría —murmuró Arabella desde el otro lado.

¿Lo había dicho?

—Santo cielo, Ellie —añadió Ravenna hablándole al oído—. Ahora hasta parece que tengas fiebre. ¿Estás segura de encontrarte bien?

La música finalizó con un único acorde dramático. En el silencio repentino, las botas del gitano pródigo golpetearon sobre el suelo de la iglesia. El padre de Eleanor volvió la cabeza y su rostro se iluminó de felicidad.

—En nombre de Dios que está en los cielos —empezó el cura, y todo el mundo le miró.

Pero para Eleanor, ni siquiera el impacto de su padre iniciando su nueva etapa de felicidad conyugal podía compararse con la aparición repentina de Taliesin Wolfe después de tantos años.

Ocupando la última fila de varios bancos vacíos, permaneció erguido con aire imponente, quieto y oscuro, una presencia que creaba sombras donde antes no las había. Alzando las pestañas, oscuras y espesas como una noche sin estrellas, encontró directamente su mirada. Poco a poco, la comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

Confusión. Indignación. Rabia.

Excitación.

Todo se enredaba en la boca de su estómago y luego continuaba hasta las yemas de sus dedos. Siempre había ejercido ese efecto sobre ella: dejar su interior al descubierto y su exterior dominado por temblores.

Se negaba a sucumbir. Los años le habían enseñado algo, la habían cambiado.

Estaba claro que también le habían cambiado a él. De crío era todo mandíbula angulosa, extremidades largas, mejillas hundidas y

ojos profundos, y cuando sus huesos empezaron a formarse se había convertido en un joven de encanto irresistible. Si le observaba desde cierta distancia o caminaba a su lado, le resultaba difícil no mirarle demasiado rato, como un hambre imposible de satisfacer.

Pero, al parecer, ya no era aquel muchacho. Su mentón tenso, el pelo demasiado largo y los aros plateados en sus orejas seguían siendo los mismos, pero todo lo demás había cambiado. Buena ropa, hombros más anchos, y una dureza en aquellos ojos negros que le volvían un desconocido. Pero ella, a pesar de todo, no podía apartar la vista.

Le hizo una reverencia.

A ella.

Taliesin se había inclinado.

¿Cuándo había aprendido a inclinarse? ¿Cuándo había dejado de ser ese pillete que le tomaba el pelo, compitiendo y volviéndola loca? ¿Cuándo se había convertido en ese caballero? ¿Y cuándo Dios había decidido que, tras una vida de quietud virginal, sus pecados eran tan grandes como para merecer reencontrarse de nuevo con la única persona que podría hacerla pecar otra vez?

Sus mejillas se tornaron rosas y un fuego encendió sus ojos cuando Eleanor le devolvió la mirada como si no hubiera nada para él en este lugar.

Taliesin no esperaba esto. Debería. Igual que debería haber esperado este acentuado dolor en sus entrañas. El efecto de esa mujer sobre él.

Dorada, como una mañana de verano, con un rápido y tenue destello en sus ojos. Eso era lo que recordaba de ella, el contraste entre el cuerpo frágil y la mente fuerte. De niño, le tenía embelesado. A menudo él la provocaba solo para ver las mejillas de marfil tornarse ro-

sáceas y sus ojos destellando de verde dorado. Siempre procuraba atraer su mirada, atraer su atención aunque solo fuera para que le reprendiera por su impertinencia o arrogancia o cualquier otro de los pecados de los que le creía culpable. Habría hecho cualquier otra cosa entonces para asegurarse su interés. Cualquier cosa.

Ahora, nada más entrar por la puerta, ella se había fijado en él. Voluntariamente, a conciencia. No había dejado de observarle desde que cruzó el umbral. Él no había anhelado en años que le dedicara su mirada, pero, por la sangre de Cristo, le gustaba tenerla ahora.

Una fría bruma de desagrado fue invadiendo poco a poco los rasgos de Eleanor, como la lluvia envolviendo un jardín en primavera. Luego ella volvió la atención a su padre, el párroco, y a su nueva esposa.

Satisfacción. Ya se había metido bajo su piel. No había cambiado en ese aspecto. Ni en encanto. De niña, nunca había sido una belleza despampanante como Arabella, ni vibrante por naturaleza como Ravenna. Pero era grácil e ingeniosa y tan encantadora que durante años había dominado sus pensamientos de muchacho, despierto y dormido.

No solo sus pensamientos.

—Ante Dios os declaro marido y mujer —pronunció el clérigo dirigiéndose a la pareja que tenía delante—. Partid y que vuestra unión dé fruto.

Una risita apagada de Ravenna... el reverendo cogiendo del brazo a su novia, pero volviendo de prisa la mirada al fondo de la capilla una vez más... aplausos de todo el mundo... los tubos del órgano estallando en sonido... Arabela sonriéndole, con unos diamantes rodeando su cuello.

Y el perfil apartado de Eleanor, puro y perfecto, con las mejillas encendidas como rosas.